Pensar el *pensar* desde la historia. Para una *lectura dialógica* de la postmodernidad

Rafael Gómez Miranda
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO
MADRID

RESUMEN Son muchos y rápidos los cambios que estamos viviendo en la actualidad. Comprender el presente se ha convertido en una tarea complicada; dialogar con él desde el dinamismo evangelizador de la Iglesia, más aún. Proponemos en estas pocas páginas una descripción somera del momento presente, que permita vislumbrar posibilidades para el diálogo, a partir del desarrollo histórico del pensar –entendido como la capacidad unitiva del hombre para resolver problemas, crear nuevos contenidos y generar preguntas–.

PALABRAS CLAVE Pensar, Postmodernidad, Historia, Diálogo.

SUMMARY *The changes we are living today are many and fast. Understanding the present has become a complicated task; even more so, dialogue with it from the evangelizing dynamism of the Church. We propose in these few pages a brief description of present time, that allows a glimpse of possibilities for dialogue, based on the historical development of thinking –understood as the unitive capacity of man to solve problems, create new contents and generate questions–.*

KEYWORDS *Thinking, Postmodernity, History, Dialogue.*

Es obvio que casi todo está cambiando. Además, muy rápidamente. Hoy día casi nadie pone en duda que vivimos un tiempo de cambio de época. Aquellos grandes ideales y esperanzas de la modernidad –la libertad, la igualdad, la fraternidad, el progreso, las revoluciones sociales– parecen haber concluido su tiempo.

La apariencia se ha convertido en lo único real y el signo parece haber suplantado el protagonismo de la realidad. Es el ocaso de las evidencias, de lo

claro y distinto. Imposible establecer fronteras entre los valores sociales y los valores morales, entre la política y la moral. Lo importante no son los hechos sino sus interpretaciones[1]. La certeza de un hecho no es más que eso, una verdad relativamente interpretada y por eso mismo, incierta. La diversidad, la pluralidad, la fragmentación, en definitiva, parecen ser los nuevos ideales que reivindica esta naciente época[2].

Aunque no hay una única opinión, suele identificarse el comienzo de la postmodernidad en torno a los años 70 del pasado siglo. El término –en sí poco original, aunque dice más de lo que parece–, tiene los rasgos de un grito de hartazgo y pretende expresar un complejo movimiento filosófico, cultural, artístico, literario y sociológico que llega hasta el día de hoy.

Si bien el término ya había sido utilizado anteriormente, la obra de Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna* (1979), será la encargada de darle un nombre definitivo a dicho movimiento.

Dedicamos estas páginas a comprender más esta condición postmoderna para poder entablar un diálogo con el mundo contemporáneo. Nótese ya desde el inicio que no es nuestra intención hacer un estudio exhaustivo. De hecho, como se verá, hablamos de periodos históricos de un modo genérico, sin acoger el dato de las excepciones. En este sentido, nos hemos decantado por el criterio pedagógico que guía al maestro más que por la minuciosidad del erudito.

El método escogido para llevar a cabo dicha tarea se inspira –salvando todas las distancias– en la denominada *lectura dialógica*. Esta metodología de lectura –creada a finales de los años ochenta del pasado siglo por Christopher

---

1 "Contra el positivismo, que se detiene en los fenómenos: 'sólo hay hechos' –yo diría: no, precisamente no hay hechos, sino sólo interpretaciones. No podemos constatar ningún hecho 'en sí'; tal vez sea un absurdo querer algo por el estilo. 'Todo es subjetivo' decís; pero ésta ya es una interpretación, el 'sujeto' no es nada dado, es sólo algo añadido por la imaginación, algo añadido después. ¿Es, en fin, necesario poner todavía al intérprete detrás de la interpretación? Ya esto es invención, hipótesis" (F. Nietzsche, *Fragmentos póstumos*, Vol. IV [Madrid 2008] aforismo 7 [60]).

2 Estos nuevos ideales generan reacciones de todo tipo, aunque el *desconcierto* sea la más común. En este sentido, Helen Pluckrose escribía en la revista digital de la que es editora: "La postmodernidad representa una amenaza no sólo para la democracia liberal, sino para la propia modernidad. Esto puede parecer atrevido o incluso hiperbólico, pero la verdad es que el conjunto de ideas y valores en las raíces de la postmodernidad rompió los límites de la academia y ganó gran poder cultural en la sociedad occidental. Los 'síntomas' irracionales e identitarios son fáciles de reconocer, y muy criticados, pero su *ethos* subyacente no está lo suficientemente entendido. Esto se debe, por una parte, a que los postmodernos raramente se explican con claridad, y por otra, a las contradicciones e incoherencias inherentes a un estilo de pensamiento que niega la existencia de una realidad estable o de un conocimiento confiable" (H. Pluckrose, "How French 'Intellectuals' Ruined the West: Postmodernism and Its Impact, Explained": *Areo Magazine*, https://areomagazine.com [27-III-2017]).

J. Lonigan y Grover J. Whitehurst– se centra en la adquisición del lenguaje en niños a partir de diversos cambios en la concepción típica de la lectura. El principal cambio es la inversión de los roles: ahora es el propio niño quien cuenta la historia, mientras que el adulto, abandonando el papel de sujeto lector, pasa a mantener una escucha activa, haciendo preguntas y sugiriendo al niño nuevas relaciones de los contenidos de la historia[3].

A nuestro juicio, para poder comprender y dialogar con la nueva época, es del todo conveniente mantener una escucha activa, preguntar –esto especialmente– y sugerir posibles nuevos nexos. Sólo de esta forma la historia del pensamiento se desvelará como *pensar* y no tanto como *lo pensado*, es decir, se desvelará como una *acción presente* con la cual se puede interactuar y, por tanto, dialogar, aunque implique cambiar, en cierta manera, los roles establecidos.

Ahora bien, aunque sólo sea de soslayo –pues se sale de los límites de nuestro trabajo–, no queremos dejar de poner de manifiesto que para que este diálogo con el *pensar postmoderno* se haga factible desde el ámbito del dinamismo evangelizador de la Iglesia, es necesario –como método, es decir, como *camino* a recorrer– que se pase también de *lo creído* al *creer*. A nuestro juicio, *lo creído* –como contenido objetivo– debe convertirse en *creer* –como acción presente del sujeto de la fe–. Sin este cambio de roles, si se acepta la analogía con la *lectura dialógica*, el diálogo evangelizador será, o bien un discurso sin receptor, o bien un inútil intento de imposición. En ambos casos no existirá realmente diálogo.

Por último, antes de partir, hay que agregar –como si se tratara de una especie de aviso para navegantes– aquella sentencia lapidaria de Gadamer: "un diálogo presupone que el otro podría tener razón"[4].

I. HISTORIA DEL *PENSAR* OCCIDENTAL (UNA POSIBLE LECTURA)

El *pensar* –tomamos prestada esta idea de la concepción de *inteligencia* de Charles Spearman– consiste en la capacidad unitiva para resolver

3 Cf. J. Blome-Hoffman – T. M. O'Neil-Pirozzi – J. Culting, "Read Together, Talk Together", en: *Psychology in the School* 43 (2006) 71-78.

4 H.-G. Gadamer, "Rituale sind wichtig", en: *Der Spiegel* (21-II-2000).

problemas y crear nuevos contenidos[5]. Habría que añadir que es también la facultad del preguntar.

La historia puede verse desde diversos prismas. También desde los distintos tipos de *pensar* que la atraviesan y la componen, es decir, desde las distintas capacidades que han existido y existen para resolver problemas, crear nuevos contenidos y plantear nuevas preguntas.

No es acertado pensar ni mostrar la historia del *pensar* occidental como un conjunto de acontecimientos inconexos, como eventos intelectuales aislados. Cada pensador o corriente de pensamiento –como si se tratara de una larga cadena de eslabones– se engarza a otros pensadores o corrientes de pensamiento que le dan unidad y sentido histórico y, con ello, credibilidad. Se convierte en *pensar*. De no ser así, habría que entender la historia del *pensar* occidental como una especie de colección que aglutina los diversos *meteoritos* que han caído en occidente a lo largo del tiempo: aislados, inconexos, carentes de un sentido unitivo y, por tanto, carentes también de valor –más allá de un cierto tipo de coleccionismo o "museísmo" y de la mera erudición–.

No es acertado, por tanto, pensar ni mostrar el *pensar* postmoderno y a sus autores sin conocer el *pensar* moderno y a sus protagonistas. Del mismo modo sucede con el *pensar* moderno respecto al *pensar* medieval. Los *pensares* en la historia no se suceden los unos a los otros como eslabones incomunicados que, para el gran público, lejos de explicar la realidad y crear nuevos contenidos, son sólo un extraño grupo de excéntricos que han dejado por escrito sus fobias y alucinaciones. Nada más lejos de la vida cotidiana y real.

La dificultad estriba en encontrar un hilo conductor que permita articular los distintos eventos –y sus actores– que constituyen el *pensar* de un momento de la historia, confiriendo una unidad de sentido y de utilidad. Si se tratase de meteoritos se podría usar el criterio de la composición química, el de las distintas formas y tamaños o el del color. Criterios objetivos, matemáticos, seguros. El problema es que con lo que venimos denominando *pensar* no funcionan. Y no funcionan porque al aplicar esos métodos empíricos, matemáticos y seguros al *pensar* se acaba por eliminarlo, creando en su lugar "estudios sistemáticos [que] son como herbolarios llenos de hojas muertas"[6] o enciclopedias infinitas que no interesan a nadie que viva en el mundo de

5 Cf. C. Spearman, *The Nature of "Intelligence" and the Principles of Cognition* (New York 1973).

6 P. Hadot, *La filosofía como forma de vida* (Barcelona 2009)143.

lo cotidiano y lo real, pues sólo generan mortecino aburrimiento con sus taxonomías y sistematicidades.

Pues bien, a nuestro juicio –teniendo en cuenta el método de la *lectura dialógica*–, el hilo fino y casi invisible que hilvana la historia del *pensar* es la *pregunta*. Y esto, porque como evidencia Heidegger, "las respuestas sólo conservan su fuerza como respuestas mientras siguen arraigadas en el preguntar"[7]. El *pensar*, por lo tanto, sólo conserva su fuerza –su valor, su utilidad– si sigue arraigado en su ser pregunta.

Sólo si se mantiene arraigado en su facultad del preguntar, el *pensar* que predominó en la Grecia clásica, el de Platón, el de Aristóteles, el *pensar* de la Edad Media, el del Aquinate, el de Buenaventura, el *pensar* moderno e ilustrado, el de Kant, el de Hegel, y también el otro, el de Nietzsche, y el de Foucault y el de Deleuze, será algo vivo, incidente, capaz de explicar el presente y de generar nuevos contenidos y nuevas preguntas. Nada más lejos de un *herbolario de hojas muertas*; nada más lejos de un estudio sistemático aburrido y aburridor que imposibilita un posible diálogo.

Si la historia del *pensar* se pudiera representar con una línea recta, a modo de flecha que marca una dirección desde el pasado hacia el futuro, dicha línea estaría dividida, además de por épocas –que también lo admite–, por preguntas. Exactamente por tres grandes preguntas.

1. ¿QUÉ ES LO REAL? EL *PENSAR* ANTIGUO Y MEDIEVAL

A grandes rasgos, el nacimiento de lo que se considera el *pensar* occidental suele situarse en el siglo VII a.C. en la antigua Grecia. Dentro de la diversidad de propuestas y temáticas, puede afirmarse que la unidad que existe entre los llamados Presocráticos, Platón, Aristóteles y las diversas escuelas tanto helenísticas como romanas, responde, además de a una cuestión espacio-temporal, a una pregunta fundamental y sintética que atraviesa –de formas variadísimas– casi todas sus propuestas. Esta pregunta es *¿qué es lo real?*

Así, cuando Anaximandro pregunta por el principio o primer elemento de todas las cosas –el *arjé*–, está preguntando por aquello que da consistencia a lo real, es decir, por aquello que hace que lo real sea real. De igual modo,

7 M. Heidegger, *Caminos del bosque* (Madrid [2]2015) 51.

cuando se comienza a hablar del *logos* o de los átomos, del monismo o del dualismo, en última instancia, se está preguntando *¿qué es lo real?*

Finalmente, cuando Platón nos lleva al *mundo inteligible* o *mundo de las ideas*, cuando Aristóteles nos presenta el *primer motor* y la *sustancia primera*, ambos responden a la pregunta por la consistencia de lo real.

El *pensar* medieval –incluimos aquí, en un conjunto heterogéneo e inexacto, a autores que van desde Justino y Agustín de Hipona hasta Tomás de Aquino o Buenaventura– va a estar caracterizado, de modo esencial, por el acontecimiento cristiano: aquel *arjé* siempre buscado e imaginado de múltiples formas por el pensamiento antiguo, aquel principio generador de lo real, aquel *Misterio* que da consistencia al universo, ha entrado en la historia, se ha hecho hombre.

Jesucristo es el *arjé*. Esta afirmación va a determinar la forma del *pensar* que, de manera, quizá, excesivamente general, llamamos medieval. La pregunta, en efecto, continúa siendo la misma –*¿qué es lo real?*–, pero va a cambiar el modo de afrontarla. La Filosofía va a dejar de ser *hija única*. Nace la Teología.

2. ¿CÓMO PUEDO CONOCER LO REAL? EL *PENSAR* MODERNO

Finales del siglo XIII y comienzos del XIV. Las formas más importantes de la civilización y estructura sociopolítica de Europa comienzan a transformarse lentamente. Algo nuevo sucede. Un nuevo *pensar* está surgiendo. Emergen diversos movimientos culturales, económicos, sociales y políticos con un empuje distinto e inesperado para la época: el humanismo.

El Estado se hace civil al descubrir que no es sino una creación humana, una exigencia de la naturaleza humana que posee el derecho de controlar el ejercicio de la autoridad. La *teocracia* toca a su fin.

Por un lado, el *Principio de economía –la navaja de Ockham*: no hay que multiplicar los entes sin necesidad– va a procurar reducir la metafísica a lógica, a una lógica de términos y a una gramática especulativa que se ocupa de definir los modos de significación de las palabras y las propiedades de los términos lógicos en sus relaciones gramaticales. Los ockhamistas y nominalistas, desconfiados y escépticos ante la metafísica, van a empezar a mirar hacia las ciencias positivas de la naturaleza, sobre todo a las Matemáticas y a la Física.

El conocimiento y la ciencia del mundo pierden su valor contemplativo –ya no importa qué sea *en sí*– y se orientan hacia la certeza, hacia lo claro y distinto.

Por otro lado, se va a poner en el centro al hombre, abandonando la antigua búsqueda del *arjé* o del *logos*. Como consecuencia, la idea de Dios va siendo progresivamente arrinconada en la dimensión íntima y privada, perdiendo así su incidencia en lo real. El hombre, en definitiva, pasa a ser la medida de todas las cosas y la fe en la razón humana va a ocupar el lugar privilegiado que antes se reservaba para la divinidad.

Surge así un tipo de *pensar* que privilegia las ciencias positivas, generando formidables avances para la humanidad. La aplicación de la Matemática como método –de la mano de Copérnico, Galileo, Kepler o Newton– va a ser fundamental en la construcción de las bases que constituirán la ciencia contemporánea y, con ella, el *pensar* moderno.

Como se puede fácilmente entrever, el preguntar que predomina en esta nueva etapava a abandonar la objetividad del *qué –¿qué es lo real?–* para pasar a la subjetividad del quién y del *cómo*: *¿cómo puedo –yo, por mí mismo– conocer lo real?* Se pasa de la preeminencia del objeto al protagonismo del sujeto. El papel que desempeñaba el hombre va a cambiar y con ello la propia concepción del sujeto y del mundo.

Son diversos los modos con los que se intentará afrontar esta nueva pregunta. Distintas las respuestas, pues parten de presupuestos diversos y generan desarrollos originales. Para nuestro propósito, basta con enumerar a unos pocos pensadores que, desde corrientes como el racionalismo, el empirismo o el denominado idealismo alemán, van a cambiar de modo radical el *pensar*. Así, Descartes, Spinoza, Leibniz, Locke, Hume, Kant, Fichte, Schelling o Hegel –por citar sólo a algunos de los más destacados–, acabarán por definir, cada uno desde sus propias aportaciones, un nuevo modo de concebir la razón, al hombre y su relación con lo real.

El arte es un testigo fiel de este cambio: en la Edad Media se esculpía a los hombres como santos –los rasgos antropológicos no eran necesarios, bastaba con la simbólica presente en los evangelios–; en la nueva época se van a esculpir a los santos como hombres –piénsese en el *David* o en el *Moisés* de Miguel Ángel– algo impensable dos siglos antes[8].

---

8 Cf. C. Valverde, *Génesis, estructura y crisis de la modernidad* (Madrid 2003) 28.

3. ¿CÓMO HE LLEGADO A SER TAL COMO SOY Y POR QUÉ SUFRO POR SER ASÍ? EL *PENSAR* POSTMODERNO

Es complejo describir de un modo unitario y ordenado lo que empezó a suceder en los años 70 del pasado siglo y que llega hasta el día de hoy. La variedad de temas que afronta el *pensar* postmoderno junto a la cantidad de epifenómenos intelectuales y de manifestaciones culturales que la acompañan y sustentan, impiden decir algo de modo preciso y seguro.

Nuestra hipótesis –este es un terreno en el que hay que moverse con hipótesis, pues de lo contrario se acaba por crucificar al justo y liberar al infame–, es sencilla: el *pensar* postmoderno, en sus diversas y variadas formas, busca responder a una pregunta íntima y personal, una pregunta cargada de malestar y angustia: *¿Cómo he llegado a ser tal como soy y por qué sufro por ser así?*[9].

Este preguntar nietzscheano –que porta una feroz crítica a la ontología, a la epistemología y a la moral tradicional– está preñado de crítica marxista –de fuerte carácter antiteórico y comprometida con la liberación de la clase obrera frente a la sociedad burguesa que ha reducido al hombre a objeto–, de psicoanálisis freudiano –y de su posterior radicalización lacaniana en su afirmar que la ficción estructura nuestra realidad–, pasando por el preguntar heideggeriano que al indagar el sentido del ser no hace otra cosa sino buscar con insistencia, no un nuevo fundamento, sino la puesta en libertad de "un fondo que muestra este fondo"[10]. Todo ello acaba por generar –en su sospecha y malestar– un *pensar* atravesado por una nueva pregunta: *¿Cómo he llegado a ser tal como soy y por qué sufro por ser así?*

> Mi objetivo, desde hace más de veinticinco años –afirma el filósofo francés Michel Foucault–, ha sido el de trazar una historia de las diferentes maneras en que, en nuestra cultura, los hombres han desarrollado un saber acerca de sí mismos: economía, biología, psiquiatría, medicina y penología. El punto principal no consiste en aceptar este saber como un valor dado, sino en analizar estas llamadas ciencias como "juegos

9 F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas III. Schopenhauer como educador*. Obras Completas Vol. I (Madrid 2018) 783.

10 M. Heidegger, *Ser y tiempo* (Madrid 2002) 16.

de verdad" específicos, relacionados con técnicas específicas que los hombres utilizan para entenderse a sí mismos[11].

Para muchos, el *pensar* postmoderno –entendido como capacidad unitiva para resolver problemas y crear nuevos contenidos– puede describirse como *débil*, *líquido*, *fragmentado*. Cierto. Sí que lo es. Se asemeja –si se acepta la imagen– a un niño perdido en un gran parque de atracciones. Sin la presencia de sus padres, el niño no sabe dónde ir, se queda paralizado, *débil*. Se mueve sin norte, sin sentido. Como un *líquido* agitado o un objeto mecido por las olas del mar. Lo que antes era fascinación y atracción, belleza y divertimento, parece haber desaparecido. Todo lo bueno ha sido eclipsado por una existencia angustiosa. Estamos contemplando el final del *pensar* moderno.

II. HACIA UN NUEVO *PENSAR*

Hoy día casi nadie pone en duda que vivimos un tiempo de cambio de época. Ahora bien, ¿qué es un cambio de época? Puede decirse que es un cambio de *pensar*, entendiendo por este, como venimos viendo,la capacidad unitiva para resolver problemas y crear nuevos contenidos y preguntas. Se cambia de época, por tanto, cuando un cierto tipo de *pensar*se ve incapaz de resolver problemas, de crear nuevos contenidos y de generar preguntas.

1. EL DECLIVE DEL *PENSAR* MEDIEVAL

A grandes rasgos, puede afirmarse que el nacimiento y desarrollo del *pensar* medieval halló su piedra angular en la síntesis entre la fe y la razón. Dicha síntesis, fruto del diálogo entre la novedad que portaba el acontecimiento cristiano y la filosofía anterior, va a estar presente desde las primeras décadas de la nueva era –donde situamos el comienzo de la Patrística– hasta la Escolástica del siglo XIII. A partir de finales de aquel siglo el vínculo profundo que

11 M. Foucault, "Tecnologías del yo", en: M. Morey (ed.), *Tecnologías del yo y otros textos afines* (Buenos Aires 2008) 45-94. Aquí 47-48.

se había ido cimentando entre el ámbito de la fe y el de la razón comenzará a resquebrajarse. El *pensar* medieval comenzará a ponerse en cuestión cuando el motivo que lo había impulsado sea desalojado del epicentro.

El *pensar* medieval desarrolló una formidable reelaboración de la filosofía pagana. Ideas fundamentales del *pensar* grecorromano serán asumidas, rechazadas o transformadas en el ámbito de una nueva concepción: la del *logos* encarnado. Así, por ejemplo, importantes elementos de las doctrinas platónicas y aristotélicas serán repensados bajo otra visión de Dios y de lo real, dando lugar a nuevas teorías metafísicas, gnoseológicas y éticas.

En este sentido, el siglo XIII estará marcado por el redescubrimiento de la totalidad del *corpus* aristotélico y la elaboración de nuevas doctrinas, alcanzando la filosofía de esta época su máximo esplendor. Sin embargo, el creciente estudio de los textos del Estagirita generó también una corriente de pensadores que, tomando a Aristóteles como modelo, intentarán formular un *pensar* sin conexión alguna con el ámbito de la fe. De esta forma, al considerar que la tarea de la razón se reducía al análisis del pensamiento de los filósofos anteriores –particularmente el de Aristóteles–, se inicia tímidamente la escisión entre fe y razón y, con ello, el final del *pensar* medieval.

Pensadores medievales tan representativos como Tomás de Aquino van a reconocer la distinción entre filosofía y teología –tanto en el método como en la temática–, colaborando sin saberlo a la escisión que venimos describiendo. El Aquinate sostiene que la filosofía no puede llegar por medio de argumentos racionales válidos a una conclusión que sea incompatible con la teología cristiana. En este sentido, la teología opera como una norma extrínseca cuyo alcance llega a la propia autonomía de la filosofía. En última instancia, había que filosofar a la luz de la fe[12].

Como era de esperar –lentamente, aunque de modo decidido–, la filosofía tenderá a hacer su propio camino, abandonando la posición de subordinada de la teología y socavando de esta forma los fundamentos de la síntesis entre la fe y la razón. Las respuestas a *¿qué es lo real?* se duplicaban.

Por otro lado, el siglo XIII estuvo animado por las disputas en el terreno político entre el Papado y el Imperio –véase, como ejemplo, la disputa entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso de Francia–. Como teoría política comúnmente admitida, se reconocía la distinción entre los dos poderes: se

12 Cf. Tomas de Aquino, *Suma Teológica* I, C.1 a.5 ("La doctrina sagrada, ¿es o no es superior a las otras ciencias?").

reconocía el carácter intrínsecamente autónomo de la soberanía temporal, aunque evidenciando a la par el poder indirecto de la Iglesia en los asuntos temporales como consecuencia de la superioridad de su función sobrenatural.

Al mismo tiempo, los estados nacionales se fueron consolidando y el poder de los monarcas nacionales creció gradualmente. Ese desarrollo de los estados nacionales significó la aparición de un factor que, a la larga, destruiría el equilibrio tradicional entre el Pontificado y el Imperio.

Las corrientes de pensamiento se orientarán ahora a conceder al príncipe muchos de los poderes que hasta este momento habían sido de competencia de los papas. Marsilio de Padua, por ejemplo, pone en discusión no sólo la primacía y autoridad pontificias, sino nada menos que la autoridad misma de la Iglesia. El Estado civil no es sino una creación humana que no tiene necesidad de hacer referencia al Dios Creador y Providente y a su ley natural, tal y como sostenía Tomás de Aquino[13].

Como puede verse, la síntesis entre la fe y la razón se va a resquebrajar paulatinamente en todos los ámbitos. De este modo, la respuesta a *¿qué es lo real?* no sólo se va a duplicar, sino que las diversas respuestas que aparecen se van a distanciar y a oponer cada vez más entre sí. Lejos quedaba aquella búsqueda ingenua y apasionada del *arjé* y del *logos* que generaba un *pensar* poliédrico pero unitario.

2. LA APARICIÓN DEL *PENSAR* MODERNO

Las llamadas *guerras de religión* en la aurora de la Edad Moderna servirán de catalizador para generar cambios. Sintetizando podemos decir que el *pensar* moderno irá abandonado poco a poco la búsqueda del fundamento de lo real –*¿qué es lo real?*– a cambio de alcanzar una deseada seguridad definitiva y pacífica –*¿cómo puedo conocer lo real?*–. El *logos*, el *arjé*, serán sustituidos por la *certeza empírica*. Aquello que caracterizaba al *pensar* antiguo y medieval irá paulatinamente desapareciendo.

El proceso histórico que introdujo en Occidente un cambio tan drástico es largo y complejo. No obstante, podemos identificar la *cuestión matriz*: la aparición de un nuevo concepto de razón, una razón que abdica de su

13 Cf. Valverde, *Génesis, estructura y crisis de la modernidad*, 5-6.

propio ser al limitarse a la búsqueda de ciertos criterios de seguridad y de fiabilidad, renunciando, de este modo, a la pregunta por la consistencia de lo real.

La búsqueda de una certeza clara y distinta, apoyada y purificada por el pensamiento matemático, abre a un nuevo modo de concebir lo racional: la certeza formal, una razón purificada de las incertidumbres de lo cotidiano que permita conocer sin error lo real. He aquí el fundamento del cambio: la certeza matemática se convierte en modelo de certeza de la razón. La matemática pasa a ser la forma primaria de lo racional.

En consecuencia, el nuevo *pensar* va a reducir lo real a aquellos ámbitos susceptibles de ser conocidos con certeza. Esto conlleva la generación de un nuevo orden: al limitar la razón y el conocimiento a criterios de seguridad, el orden de lo real será definido ahora desde el propio hombre.

El hombre se hace, de este modo, dueño de la historia, él mismo será el encargado de conducirla. Lo real no *es*, sino que *se construye*. Lo real se va a llamar ahora *progreso*. La confianza en la sola razón, en la *autonomía del sujeto* y en su capacidad para crear la historia, hará creer ciegamente al hombre en un futuro esperanzador.

De esta forma, el *pensar* va alejándose poco a poco de su origen. El *pensar* moderno cambia paulatinamente la perspectiva original por una nueva: la seguridad que promete la capacidad de construir el propio futuro. Dicha capacidad para construir –la *techné*– se va a consolidar como lo más propio de la *edad adulta* de la humanidad. Ya no es necesario buscar el fundamento de lo real. Éste puede ser construido por las propias manos del hombre.

La *techné* –el *poder-hacer*– va a convertirse en la única ley vigente. El hombre se siente avalado y libre porque *puede–hacer*, puede construir su propio mundo. Lo real pasa a ser sólo material para la praxis.

Así, en este nuevo *pensar*, la naturaleza es concebida como producto del azar y de la necesidad, sin *logos* interno, un mero objeto a disposición de la *praxis* humana, del poder.

Lo real se crea y se domina. Consecuentemente, la realidad del hombre, lo que somos o lo que debemos ser, también va a ser creado –o también destruido–. La *biopolítica* hace su entrada en escena.

3. EL HARTAZGO DE LO MODERNO

La renuncia a la búsqueda del *logos*, de aquel principio generador de lo real, supondrá para el hombre un repliegue hacia sí mismo en vez de la añorada liberación. La ciencia, el progreso y la libertad que otorga el *poder-hacer*, llevará al hombre a ser prisionero de sí mismo. El que era sujeto imperante se ha convertido ahora en un mero objeto y, por tanto, es perfectamente *matematizable*. Los denominados *maestros de la sospecha*[14] –Marx, Nietzsche y Freud–, aún con un pie en el siglo XIX, serán los primeros en evidenciar que el *pensar* moderno no era tan prometedor como se autoproclamaba.

De todo esto, hundiendo sus raíces en diversas problemáticas como el lenguaje, el final de la metafísica o el psicoanálisis –véase en los textos contemporáneos la presencia explícita o implícita de propuestas como la de Saussure, Heidegger o Lacan–, es de donde nace como hartazgo el *pensar* postmoderno. Y por eso grita, a su modo.

Como hemos visto, en el transcurso de la historia apareció un nuevo *pensar* y con él un tipo de pensamiento que podemos denominar moderno y definir como *desarrollo autónomo del conocimiento*. El fundamento de lo real –aquel *logos* o *arjé* tan buscado siglos atrás– está por doquier esperando a ser descubierto, esperando a que el hombre, en su progreso imparable, le saque de las tinieblas de la ignorancia. El progreso, por tanto, es sinónimo de acumulación de conocimientos, de ordenación de dominios, de control de datos. Así lo describe el filósofo francés Michel Foucault: "basta abrir los ojos, basta razonar sanamente, de manera recta, y sostener la línea de la evidencia en toda su extensión sin soltarla nunca, para ser capaces de verdad"[15].

La verdad de las cosas, la verdad de lo real acaba por ser lo que se ve, o mejor, lo que se *mira*. Aparición, añade Foucault, del "poder soberano de la mirada empírica"[16]: la *mirada* permite a lo real aparecer en su *evidencia*, en su ser *enunciable*. El *arjé* o el *logos* dejan de ser algo inaccesible y misterioso porque puede *decirse*, medirse, calcularse.

---

14 Esta expresión aparece por primera vez en: P. Ricœur, *De l'interprétation: Essai sur Freud* (Paris 1965).

15 M. Foucault, *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France (1981-1982)* (Madrid 2005) 186.

16 Id., *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica* (México D.F. [3]1977) 7.

La matemática elimina la sorpresa de lo real porque lo *mira* en números y algoritmos, es decir, lo mira sabiendo de antemano lo que va a ver. Afirma Martin Heidegger:

> La física moderna se llama matemática porque aplica una matemática muy determinada en un sentido eminente. Pero sólo puede proceder de esta manera, matemáticamente, porque en un sentido más profundo ya es matemática. Τὰ μαθήματα significa para los griegos aquello que el hombre ya conoce por adelantado cuando contempla lo ente o entra en trato con las cosas: el carácter de cuerpo de los cuerpos, lo que las plantas tienen de planta, lo animal de los animales, lo humano de los seres humanos[17].

El *pensar* moderno considera como ideal del conocimiento de lo real el método propio de las ciencias naturales, el cual, por la posibilidad de comprobación y por su aplicabilidad técnica, lo hace ser fiable y útil. Dicho paradigma proporciona una seguridad respecto a lo real que nace de su capacidad para *comprobar* y *señalar* sus límites. Ahora todo es mensurable, clasificable, enunciable. Ya no hay *misterio*, ya no hay *límite*, todo es *progreso*. Nacimiento de un nuevo dios, de un nuevo mito. Escribe Kant:

> No sólo hemos recorrido el territorio del entendimiento puro y examinado cuidadosamente cada parte del mismo, sino que, además, hemos comprobado su extensión y señalado la posición de cada cosa. Ese territorio es una isla que ha sido encerrada por la misma naturaleza entre límites invariables. Es el territorio de la verdad, un nombre atractivo, y está rodeado por un océano ancho y borrascoso, verdadera patria de la ilusión, donde algunas nieblas y algunos hielos que se deshacen prontamente producen la apariencia de nuevas tierras y engañan una y otra vez con vanas esperanzas al navegante ansioso de descubrimientos, llevándolo a aventuras que nunca es capaz de abandonar, pero que tampoco puede concluir jamás[18].

---

17 Heidegger, *Caminos del bosque*, 65.

18 I. Kant, *Crítica de la razón pura* (Madrid 1998) 259.

El culmen del *pensar* moderno llega con la soberanía de la *técnica* y su capacidad para *crear*. Progreso indefinido. Seguridad cierta. La humanidad, finalmente, había *descubierto* cómo conocer con certeza los fundamentos de lo real o, mejor, había descubierto cómo fabricar lo real. Cumbre del *pensar* moderno e ilustrado: exaltación de la razón por encima de todo, creación de ese *espacio neutro* del que manan leyes universales ya sin necesidad de dioses o reyes, caída definitiva de los poderes despóticos, desarrollo perpetuo de las ciencias y de la técnica. El hombre, en definitiva, alcanza su *mayoría de edad*: mira, mide, pesa, clasifica, domina; conocimiento universal y necesario. Un nuevo hombre, un nuevo saber, una nueva ética, una nueva civilización. Es la era de la paz y el desarrollo.

Siglo XX: Primera y Segunda Guerra Mundial, campos de exterminio nazis, gulags, inusitada capacidad destructiva del ser humano y de las nuevas técnicas descubiertas, insolidaridad entre el primer y tercer mundo, violencia persistente, abuso a los más débiles, aparición de nuevas y mortales enfermedades, excesivo control de las libertades individuales por parte de los gobiernos, caída de los grandes mitos políticos...

4. UN NUEVO *PENSAR*

El *pensar* postmoderno nace como hartazgo de las promesas incumplidas. Un niño perdido en un parque de atracciones: sin norte, a tientas, desorientado. Aquello que aparecía como promesa de felicidad, aquellas luces tan seductoras, aquellos nuevos modos de diversión... Todo se ha ensombrecido. La promesa de un progreso sin fin y el desarrollo de una nueva humanidad no acaban de llegar. Vivimos en un movimiento de transición entre un confiado *"Yes, we can!"* y un hastiado "*¡Basta ya!*".

Puede decirse, por tanto, que hoy estamos ante la aparición de un nuevo *pensar*. El síntoma más evidente es que empieza a predominar un cierto hartazgo, un hastío y una desconfianza respecto a lo que hay y a lo que se es –ejemplo paradigmático serán los acontecimientos del Mayo del 68 parisino–. El *pensar* moderno no responde o, mejor, no es capaz de solucionar determinados problemas. Algunos de los síntomas más notorios son, por ejemplo, la *soledad* que produce el ideal moderno de autonomía, el *aburrimiento mortecino* que

inunda lo cotidiano y, por último, un punto de *infelicidad* inconfesable pero absolutamente visible.

El filósofo coreano Byung-Chul Han –al referirse a Occidente– habla de agotamiento, de fatiga y de asfixia ante la *sobreabundancia* material: "obesidad de los sistemas del presente, de los sistemas de información, comunicación y producción. No hay reacción inmunitaria a lo obeso"[19].

Los efectos del prometedor progreso indefinido, de la independencia del individuo, de la liberación total, empiezan a defraudar. El sujeto de la historia comienza a ser consciente de su asfixia, ya no le vale, por así decir, este *pensar*, quiere algo distinto, quiere vivir lo *post*-moderno: una nueva capacidad unitiva para resolver problemas y crear nuevos contenidos y preguntas.

Sintetizando al máximo, se puede decir que la postmodernidad, entendida como conjunto de expresiones filosóficas, culturales, artísticas, literarias y sociológicas, engloba todo aquello que pretenda escapar del *pensar* moderno.

III. ALGUNOS RASGOS GENERALES DEL (INCIPIENTE) PENSAR POSTMODERNO

Postmodernidad. Nueva capacidad unitiva para resolver problemas y crear nuevos contenidos. También un nuevo preguntar: *¿Cómo he llegado a ser tal como soy y por qué sufro por ser así?*

Postmodernidad. Eso nuevo que está ahora mismo aconteciendo y de lo cual sólo podemos describir algunos rasgos. El primero y fundamental es que aquel ideal moderno de hombre autónomo –universal e indiferenciado– no va a ocupar ya el centro de la existencia. Ahora va a prevalecer el *sí mismo*, el *yo*. El *otro* pierde importancia: el *yo* lo ha fagocitado. De esta forma, el individualismo propio de la modernidad se va a convertir en *hiperindividualismo* o, si se prefiere, en *narcisismo autista*: un *yo* ensimismado en su propia imagen e incapaz, por tanto, de diálogo. El *yo*, como evidencia Lavelle, ahora es un tipo de *Narciso* que

> quiere transformarse en espectador de sí mismo, es decir, de ese acto interior por el que nace sin cesar a la vida y que no puede jamás ha-

19 B-C. Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona 2012) 18.

> cerse espectáculo sin aniquilarse. Se contempla en lugar de vivir [...]. Busca su esencia y no encuentra más que su imagen, que no deja de decepcionarlo[20].

El hombre prometeico del *pensar* moderno va a pasar a ser ahora un híbrido con rasgos de *Narciso* y de *Dionisio*, una nueva criatura que dedica su vida a la búsqueda del placer. El hombre postmoderno, en efecto, es el hombre narcisista y dionisíaco, sujeto hedonista que huye de todo aquello que no sea placentero. El ideal va a consistir en la felicidad instantánea y su concreción en la sociedad del bienestar.

En este marco, el futuro ya no es el tiempo central, sino el presente. Es el protagonismo del instante, del instante eterno. Así, la vida se convierte en la sucesión permanente de presente tras presente. No hay pasado (ya no existe) ni futuro (está muy lejos).

El progreso –una idea central del *pensar* moderno– pierde todo sentido. Lo que importa es el *ahora*. Esta pérdida de la linealidad –ausencia de meta, de objetivo– hace desaparecer el proyecto y, con ello, la narración. No hay una línea del discurso porque no hay final al que tender. ¿Origen de la angustia?

La razón moderna, por otro lado, deja de ser el factor humano por excelencia. Su lugar lo va a ocupar el deseo. A partir de ahora, el deseo va a determinar nuestras conductas y decisiones. Lo principal es la búsqueda de la satisfacción inmediata, cuyo objetivo central es el placer. El placer se va a imponer al principio de realidad y la vida se va a ir acelerando, reduciendo los tiempos de espera existentes entre deseo y satisfacción en términos de placer.

En este nuevo *pensar* va a ocupar un lugar central la emoción. La emoción placentera aparece como una nueva búsqueda, incesante, desenfrenada, agónica. Emoción perturbada y perturbadora que va a encontrar la solución a su urgente y constante búsqueda en el *hiperconsumismo*: resultado de combinar bienestar, mercado y espectáculo[21]. Resultado, todo sea dicho, generado por parte de la ingeniería social, uno de los últimos productos del *pensar* moderno.

---

20 L. Lavelle, *El error de Narciso* (Valparaíso 2007) 6.

21 Escribe Lipovetsky a este respecto: "En la era de lo espectacular, las antinomias son duras, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión, el sentido y el sinsentido se esfuman, los antagonismos se vuelven 'flotantes', se empieza a comprender, mal que les pese a nuestros metafísicos y antimetafísicos, que ya es posible vivir sin objetivo ni sentido, en secuencia-flash, y esto es nuevo" (G. Lipovetsky, *La era del vacío* [Barcelona 2003] 38).

También como consecuencia de esta combinación, va a cambiar el paradigma de la profundidad por el de la superficie. En la superficie todo se desliza a gran velocidad, todo se mueve y todo cambia. Movimiento y cambio: los grandes valores del *pensar* postmoderno.

El tiempo de la superficie hace que lo permanente pierda peso. El *pensar* postmoderno está basado en lo efímero, en la fugacidad, donde todo dura poco, muy poco; donde todo, en muy poco tiempo, torna viejo, obsoleto, y debe ser reemplazado. ¿Origen de la angustia?

Por otro lado, la existencia del *yo* sin el *otro* va a fragmentar la sociedad en múltiples individualidades que buscan su realización en un espacio indefinido sin marcos normativos ni límites. Es la desaparición de la sociedad moderna. Y si no hay sociedad, la política pierde su sentido transformador. En este nuevo *pensar* de la superficie y del espectáculo, la política va a dejar paso a un nuevo concepto: la gestión, la gestión del presente.

En consecuencia, la sociedad fragmentada hace que el Estado pierda sustancia y sea sustituido por el mercado. El mercado va a ocupar la tarea de ordenar la sociedad, pero, como es obvio, no puede hacerlo por su propia naturaleza que le lleva a establecer competencia entre los diversos agentes, generando desigualdad y descarte.

En esta situación ya no somos ciudadanos sino consumidores, clientes, usuarios. Y ahí es donde radica el valor personal del sujeto. El consumo se va a convertir en la posibilidad de diferenciarse del resto, en la ocasión para ser único. El consumo se convierte en el puente a la satisfacción de los deseos, se convierte en la respuesta al deseo de placer inmediato[22].

En este contexto de gestión y mercado, domina la noción de *tolerancia*, a medio camino entre la celebración de la diferencia y la total indiferencia por lo que haga, piense y sienta el otro.

Consecuentemente, la idea de una verdad única carece ya de sentido. Prevalece el paradójico concepto de multiplicidad de verdades el cual pone en duda la existencia de una verdad en sí misma. Ahora todos tenemos nuestra propia verdad. Una verdad transitoria y personal. Incluso las ciencias parecen haber perdido su pretensión de verdad definitiva[23].

---

22 Sobre este tema remitimos al libro de Z. Bauman, *Vida de consumo* (México D.F. 2007).

23 Véase el nombre de las teorías científicas más importantes del siglo XX: *Teoría de la relatividad, Teoría del caos, Teoremas de incompletitud, Principio de incertidumbre*…

En este horizonte de *postverdad* la misma idea de conflicto se transforma en un valor negativo, en algo poco deseable que debe evitarse a toda costa. Frente a un posible conflicto generado por la existencia de una *verdad fuerte*, aparece –ahora que ya no hay pretensión de verdad–, la idea de consenso, una forma superficial y suave de un acuerdo sin acuerdo.

En consecuencia, aquella sociedad disciplinaria moderna caracterizada por un fuerte entramado normativo –asentado en *verdades ciertas*– dejará paso a una sociedad flexible. Una sociedad en la que la norma comienza a relajarse y metiendo en una profunda crisis a todas las instituciones de la modernidad: el Estado, la familia, la escuela… Las normas se flexibilizan, se moldean según el deseo de cada uno. Se genera, de esta forma, un espacio de gran libertad. Es un tiempo de decisiones autónomas y personales, aunque siempre dentro de las condiciones de cada uno, es decir, dentro de las condiciones y límites sociales, culturales, económicos, profesionales. ¿Origen de la angustia?

El ansiado estado de seguridad, tan buscado por el *pensar* moderno, se ha convertido en un tiempo de precariedad e incertidumbre, donde todo puede pasar y todo puede ser modificado. Estamos obligados a tomar decisiones constantemente y esto genera, a su vez, el riesgo constante de equivocarse. Se trata, en última instancia, de una sociedad insegura, laboralmente, afectivamente, existencialmente: *¿Cómo he llegado a ser tal como soy y por qué sufro por ser así?*

Basta leer los títulos de algunos libros para hacerse una idea de *lo nuevo* que está aconteciendo: *El instante de mi muerte*, de Maurice Blanchot; *Las nuevas enfermedades del alma*, de Julia Kristeva; *Breve tratado de ontología transitoria*, de Alain Badiou; *Vía de acceso al placer. Una metafísica*, de Jean-Paul Dollé; *Cultura y simulacro*, de Jean Baudrillard; *Adiós a la verdad*, de Gianni Vattimo…

Como síntesis, dos conceptos o, mejor dicho, dos búsquedas incesantes de este *pensar* postmoderno: la *jouissance* –presente en las propuestas de autores que van desde Georges Bataille o Jacques Lacan hasta Julia Kristeva pasando por Michel Foucault– y la *diferencia* –véase *La escritura y la diferencia*, de Jacques Derrida; *Diferencia y repetición*, de Gilles Deleuze; o *La aventura de la diferencia*, de Gianni Vattimo–.*Gozo* y *diferencia*, dos constantes que permiten comenzar a pensar este nuevo *pensar*.

IV. UN DIÁLOGO INTRÍNSECAMENTE NECESARIO

Es obvio que casi todo está cambiando. Además, muy rápidamente. El papa Francisco lo ha evidenciado con meridiana claridad: "Se puede decir que hoy no vivimos una época de cambios sino un cambio de época". Esta novedad, de la cual, queramos o no, somos partícipes, genera "desafíos nuevos que para nosotros, a veces, son incluso difíciles de comprender"[24].

Ahora bien, como también señala el papa Francisco, "nuestro tiempo nos pide vivir los problemas como desafíos y no como obstáculos: el Señor está activo y obra en el mundo. Vosotros, por lo tanto, salid por las calles e id a las encrucijadas: llamad a todos los que encontraréis, ninguno excluido (cf. Mt 22, 9)"[25].

Salid por las calles e id a las encrucijadas: dialogad con la postmodernidad –podríamos decir sin riesgo a equívoco–; dialogad sobre la *jouissance*, sobre la *diferencia*; también, dialogad con Baudrillard, con Bataille, con Foucault, Derrida, Deleuze… *Ninguno excluido*. En este sentido –en la misma línea marcada por el Papa–, Rossano Sala hace explícita la tarea propia de la reflexión teológica de la hora presente:

> este es el hombre a considerar hoy críticamente: por sus aperturas y por sus cierres, por sus lados verdaderamente positivos y por sus dificultades para acoger la verdad de Dios en Cristo. Lo que para nosotros es aquí importante, es la necesidad de someter al teólogo no sólo a la revelación de Dios, sino también de conducirlo a la relación asidua con este hombre, con el cual la teología está llamada a entretejer el discurso. Agustín abrió al platonismo, Tomás al aristotelismo. Balthasar, junto a otros teólogos que han marcado el escenario de la teología contemporánea, como hemos visto, a la filosofía moderna. En la hora presente, la nuestra, el diálogo debe mantenerse con la fragmentación postmoderna del saber[26].

---

24 Francisco, "Discurso en el V Congreso de la Iglesia Italiana" (Florencia,10-XI-2005), en: *AAS* 107 (2015) 1284-1293, aquí 1292. Cf. Id., *Exhortación apostólica* Evangelii Gaudium (24-XI-2013) 52.

25 *Ibid.*, 1292-1293.

26 R. Sala, *Dialettica dell'antropocentrismo. La filosofia dell'epoca e l'antropologia cristiana nella ricerca di H.U. von Balthasar: premesse e compimenti* (Milano 2002) 448.

Lectura dialógica, escucha activa, centralidad de la pregunta, descubrir nuevas relaciones de contenidos… En última instancia, algo semejante a lo que aconteció al inicio de nuestra historia, aquel encuentro de la fe naciente con el pensamiento de la época, paradigma metodológico que evidenció Benedicto XVI en el célebre discurso de Ratisbona:

> El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no era una simple casualidad. La visión de san Pablo, ante quien se habían cerrado los caminos de Asia y que en sueños vio un macedonio que le suplicaba: "Ven a Macedonia y ayúdanos" (cf. Hch 16,6-10), puede interpretarse como una expresión condensada de la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y el filosofar griego[27].

A nuestro juicio, la urgencia de recuperar aquella *necesidad intrínseca de acercamiento* que describe Benedicto XVI y que ha generado teólogos de la talla de Justino, Agustín, Tomás o Balthasar, es del todo imperiosa en la hora presente. Es necesario, siguiendo la indicación del papa Francisco, recobrar la audacia de mirar a la postmodernidad *como desafío y no como obstáculo*. Además, desde la reflexión teológica es preciso comprender que el camino está aún por recorrer, que no hemos alcanzado la meta y que el tiempo presente, aunque sea profundamente desafiante para la propuesta cristiana, forma parte del propio camino. Como afirma de nuevo Rossano Sala, identificando, a nuestro juicio, el fundamento del diálogo y de su intrínseca necesidad,

> Sigue siendo evidente que una tarea del teólogo, en su trabajo de investigación, es la de ser un explorador, un pionero, uno que verifica la posibilidad de vías alternativas y practicables para entrar siempre de nuevo en la tierra prometida. La Iglesia tiene siempre la necesidad de hombres así, porque la tierra prometida está siempre por conquistar y jamás subyugada de una vez para siempre[28].

---

27 Benedicto XVI, "Fe, razón y universidad", en: *AAS* 98 (2006) 728-739, aquí 732.

28 R. Sala, *L'umano possibile. Esplorazioni in uscita dalla modernità* (Roma 2012) 20.